



UNA BODA

En una Noche de Norte.

Era una mañana de diciembre: el cielo se hallaba despejado; soplaba viento del Sur tan caliente como el sol mismo; el piso era de arena suelta, el camino carecía hasta de un arbusto que produjera sombra, y no se veía otra cosa que los altos médanos de arena blanca, donde reflectaban los rayos del sol como en un espejo; me hallaba sofocado, y mi caballo estaba mojado de sudor como si saliera del baño; serían las dos de la tarde cuando advertí un grupo de casas de cañas y palmas á un lado del camino, y por mi guía supe que aquel lugar se llamaba las Salinas. Dirigíme á la mayor de aquellas casas, con deseo de tomar sombra y algún refresco; en un corredor, que

en el país se llama enramada, se hallaban sentados en sus butaques, un anciano de rostro venerable, y á un lado una joven como de veinte años, de regulares facciones, con unos ojos negros y hermosos, que la hacían parecer mejor que lo que era en realidad. Al detenerme al frente de aquellas personas, saludé y fuí correspondido por el anciano, brindándome con el descanso y el fresco; la joven inclinó con gracia la cabeza, y se paró á traerme un butaque, invitándome á usar de él con un modo que no le hubiera podido rehusar, aun cuando no hubiese tenido necesidad de aceptarlo.

—¿Para dónde se dirige vd., caballero? me preguntó el anciano.

—Para Alvarado voy; el guía extravió el camino del llano, según me ha dicho, y hemos venido por la playa sufriendo un sol fuertísimo, y las picadas de los mosquitos "chaquistes," que me han hinchado manos y cara.

—Ciertamente tiene vd. razón para quejarse; hace un día de verano, y si gusta fiarse de mi experiencia, debe quedarse en esta choza que ofrezco á vd. con buena voluntad; el norte no tardará en reventar, y padecerá vd. mucho en ese camino.

—Gracias por el convite, pero acaso rinda la jornada antes que llegue el viento; el día está sereno.

—Esa es puntualmente una de mis re-

glas para creer que se aproxima el norte; las arañas tejen de prisa sus redes; el viento reinante es del Sur, el piso á la sombra está muy húmedo, han pasado parvadas de gaviotas y rabi-horcados, la playa tiene muchas becasas, las moscas están muy molestas, volando como atontadas, los pelícanos pescan haciendo provisiones, y anoche han aullado los coyotes junto á las casas; esas reglas son tan seguras como el mejor barómetro, y ahora, como marinero, le diré á vd. que he visto algunas nubes por el Este, y una faja oscura sube por el Norte, que no me dejan la menor duda de que el "gobernador de Zempoala" está muy cerca. ¿Nota vd. aquel punto blanco allí lejos en la mar? Pues ese es el barco de mis hijos, que ya vuelven de pescar, y vienen temprano huyendo del norte.

—¿Se mantiene vd. de la pesca?

—Sí, señor; tengo también algunas reses y un pedazo de tierra que produce maíz y legumbres; vivo aquí con mis dos hijos. Carlos que maneja el barco, y María que se halla presente y al servicio de vd. En el mismo barco viene también Eusebio, que será mi hijo esta noche, si Dios quiere que el señor cura de la Boca del Río llegue antes que reviente el norte.

—¿Luego esta noche hay boda en casa?

—María lo quiere así, dijo el anciano con una expresión de dolor.

María con los ojos en el suelo, y la cara encendida, preguntó:

—¿Y vd. no?

—Sí, hija mía, tu elección la apruebo; Eusebio es pobre, pero honrado; posee un corazón generoso, y creo que te hará feliz; yo habría anticipádome á elegirlo, si cuando salvó aquellos naufragos, con riesgo de su vida, y te comuniqué mis ideas, no me hubieses confesado que ya vdes. se amaban.

La hija se metió, y el anciano instándome á que aceptase su convite y presenciase la ceremonia nupcial, me decidió á ser su huésped; los caballos fueron alojados al momento, y á mí se me introdujo á la casa, donde en vez de paredes, formaban las separaciones carrizos con forros interiores de petates para impedir el paso del viento; una sala con muebles más aseados que lujosos, dos recámaras con sus catres vestidos muy limpios, para el padre y la hija; un cuarto independiente con su "coi" (hamaca de lienzo) para Carlos, y otra pieza al lado, en donde se me alojó, y preparaba María el catre con el mosquitero indispensable. Separadas algunas varas de la casa, había otras habitaciones para los criados, y la cocina, que nunca se halla junta con las viviendas de la gente acomodada, por precaución á causa de los incendios; si bien se nota que hallándose el fogón unido á las cañas, y á corta distancia de un techo de palma, tan com-

bustible como la estopa, no son tan frecuentes esas desgracias como era de esperarse.

Apenas había descansado una media hora, y apurado un vaso de refresco hecho con maíz "martajado," desleído en agua endulzada (pozole), cuando oí una alegre canción cantada por varias voces no femeniles, y pronto aparecieron dos jóvenes atléticos, vestidos de lienzo blanco ordinario, con sus gorras sin visera, seguidos de otros tres hombres cargando el "chinchorro" (mallas,) que alargaron para que se secase, sobre unas estacas hincadas frente á la casa. El viejo Simón, que es el nombre del padre, me presentó á su hijo y futuro yerno, y pronto fuimos llamados á la mesa, donde una comida compuesta de olla á la española y dos guisados de mariscos, bien condimentados, nos hicieron aplacar el hambre que yo comenzaba á sentir demasiado. El cura llegó antes que concluyese la comida, y fué admitido á ella sacando su parte muy regular. Aquella reunión parecía la de una familia donde reina la fraternidad; no había más que alegría y franqueza; nos acabábamos de conocer, y ya disfrutábamos de los placeres de la intimidad; tal es el carácter de las gentes de Veracruz y sus intermediaciones; no se conoce la doblez, y con la propia franqueza que se admite á una persona cuando simpatiza, se desecha si no

agrada; cierto es que la gente de mar y la del campo es agreste, y de maneras poco cultas, generalmente; pero también lo es que disimulando sus defectos, y recibiendo sus cumplimientos, á su modo, se vive bien con ella, y se puede observar que posee virtudes, sin ostentarlas y sin saber apenas su valor.

Durante la comida comenzaron á sentirse fugadas de norte, y antes que el sol se pusiera, ya el viento era fuerte y levantaba la arena que venía sobre los ojos. El viejo Simón salió á la playa á observar el horizonte, y cuando volvió nos dijo:

—Dios compadezca á los buques que se hallen cerca de la costa, porque el norte será de "hueso colorado."

En efecto, silbaba por las cañas de la casa, haciendo estremecer los techos, y la mar se convirtió en espuma, encrespándose las aguas rebotadas. Al ponerse el sol ya no podía estarse fuera de la casa, y me causó sorpresa ver á Simón acompañado de sus hijos y de otros vecinos, alistando una lancha, cambiando estrobos, afirmando toletes, reclavando el timón, probando remos, y haciendo aprestos como si fuese á la mar; no pude contenerme, y salí á preguntar lo que aquello significaba.

—Somos pescadores, señor, cuando hay buen tiempo; cuando hay borrasca somos hombres, y pueden nuestros hermanos ne-

cesitar que los auxiliemos; y para tal conflicto, es preciso tenerlo todo aparejado; esta precaución nos ha dado el gusto de salvar á más de una persona, y entre nosotros hay alguno que olvidando su vida con prudencia, se ha arrojado fuera de la lancha y conseguido salvar á una pobre señora. Decía esto Simón fijando su vista en Eusebio, y éste contestó con indiferencia, sin enorgullecerse por su buena acción, ni por el elogio que escuchaba:

—Dejemos ese cuento, que María llora cuando recuerda aquella madrugada, y sus alabanzas me han dado más placer que si hubiera hecho arriar su bandera á un navío enemigo, abordándolo yo solo.

Concluyeron su maniobra, y reunidos en la casa, vimos comenzar á llegar varias mujeres y algunos hombres con su "bayeta" azul, que les cubría todo el cuerpo, á manera de frailes franciscanos, trayendo ceñido el inseparable machete, y en la mano algunos instrumentos de cuerda como harpas, guitarras y "jaranas." Pronto se llenó la sala con los vecinos, curiosos y parientes de los novios. Un tiro de fusil disparado al aire, al anochecer, fué la señal de convite, y lo que significa reunión ó baile, según me dijeron; la música, poco acorde en verdad, comenzó á dar señales de que había boda; la gente se alegró y bailaron la "agua-nieve," los "chiles-verdes," y otros sones del

país, hasta que el cura dijo ser hora de la ceremonia.

María se presentó vestida de blanco; anchas enaguas de muselina con sendos encajes embutidos y al aire, camisa de olán batista con sus bordados y encajes en las mangas; toquilla de lino, bordada por ella, guarnecida de encajes, prendida con un clavillo formado de un escudo de á cuatro, dejando al frente las armas nacionales; gruesa cadena de oro pendía de su cuello, y en el extremo una medalla con la Virgen de Guadalupe; su peinado lo formaban dos trenzas que rodeaban la cabeza, abrazando un peine (cachirulo) de oro con piedras y perlas, dejando lucir al medio un lazo de cinta roja; en los costados sujetaban el pelo otras peinetas pequeñas guarnecidas de oro también; aquel conjunto de alhajas, aquella flor de cinta, y aquella elegancia sencilla en que no faltaba coquetería; aquellos aretes de oro, casi macizo, todo común en las mujeres del país, forman un adorno lleno de gracia, y María estaba más hermosa ahora, con las propias galas con que la ví por la mañana, sin duda porque en su semblante notaba yo un abatimiento, y un aire triste, que me pareció entonces efecto del nuevo compromiso que iba á contraer. Eusebio estaba todo de blanco, y sólo había añadido á su vestido una faja encarnada.

La ceremonia comienza; silbaban las ca-

ñas de la casa, como las flautas del dios Pan; brama la mar enfurecida, cruza el relámpago iluminando la playa, y el silencio de los circunstantes en aquel acto, deja percibir con más claridad la agitación de las aguas, que amenazando tragarse la tierra, al tocar la playa lamen humildes la arena donde el dedo del Supremo Hacedor les señaló el "hasta aquí." Acababan de pronunciar los dos amantes el voto solemne que los unía para siempre, cuando escuchamos una detonación que nos pareció un cañonazo; creció el silencio, y todos pusimos mayor atención; otro cañonazo cerca no dejó duda de que un buque se hallaba en peligro y pedía socorro, observando las luces encendidas de antemano con este propio fin, en la casa que dominaba la playa. Simón da sus órdenes, y se prepara á salir con sus gentes de mar. Eusebio va á seguirle y se le dice hallarse dispensado por aquella vez; insiste en ser de la partida, y participar del peligro y de la gloria de sus compañeros; María no se atreve á suplicar, pero sus ojos dicen más que su boca pudiera. Eusebio le toma una mano y se la comprime entre las dos suyas; una lágrima rueda sobre la mejilla de María, y sin hablar desaparece Eusebio, siguiendo á sus camaradas y suegro que ya estaban en la playa haciendo señales con un farol, y arrojando la lancha al agua; las gentes de la casa desaparecie-

ron como por encanto, yo no sabía cuál partido adoptar; la playa estaba mojada, el viento era muy fuerte, y sobre todo no era yo útil en aquel lugar, ignorando lo que debiera hacer, por grandes que fuesen mis deseos de auxiliar á los que se hallaban en peligro. María reclamaba también mi socorro; yacía abatida y llena de pesar, sentada, con la vista fija en una imagen de Nuestra Señora; cuando me acerqué á ella y procuré hablarla, no supe qué palabras escoger, y ella misma, conociendo mi incertidumbre, me dijo:

—Gracias, señor; quisiera vd. consolarme, pero es imposible; no es la primera ocasión que Eusebio se halla en el propio peligro que ahora, con mi padre cuando podía hacer faenas fuertes, y con mi hermano, pero jamás me he sentido tan triste como esta vez; el corazón me anuncia alguna desgracia.

En vano me esforcé en persuadirla que no debía creer en presentimientos semejantes; apenas me escuchaba, acercándose continuamente á la puerta á observar lo que ocurría en la playa, y era imposible ver por la oscuridad y avances de la arena, que volaba impelida por el norte. Por fin me suplicó que la acompañase á satisfacerse por su vista; llegamos á la orilla de la mar y sólo encontramos á Simón, que tenía el pequeño farol agitándolo continuamente;

al ver á María quiso obligarla á que se volviese á su casa, pero ella aseguró que no dejaría aquel lugar hasta que regresara la lancha, de la que nada se veía. Dos horas permanecimos sufriendo el viento y los golpes de la arena húmeda, que nos hería la cara; varias veces fuí instado á retirarme á descansar, pero ya me interesaba demasiado aquella escena para abandonarla. Por fin, vino á sacarnos de la duda un hombre todo mojado y yerto de frío, que más arrastrándose que caminando se nos acercó y dijo que había zozobrado la lancha, atropellada por el buque á quien buscaban; nada sabía de sus compañeros. Corre María por un lado casi metida en la mar; su padre la sigue, y yo me quedo auxiliando al estropeado pescador, á quien ayudé á subir al médano para llegar á la casa; pronto nos rodearon varias mujeres del lugar, y le prodigaron las atenciones que necesitaba, mientras otras corren á la playa en busca de sus hijos y maridos; yo volví con ellas, adelantándonos hasta donde advertimos la luz del farol de Simón. Un buque de cruz había varado cerca de tierra; se oían voces á bordo, pero imperceptibles las palabras, por el ruido de las aguas; María no parecía, ni había salido ningún otro pescador de los que tripulaban la lancha; crecían las congojas de todos, y ansiábamos la llegada de la aurora, como lo harían los que estaban á bordo del bu-

que; tardó mucho aún para iluminarse el horizonte; por fin vino el crepúsculo, y ya pudimos distinguir que era un bergantín el perdido; recorrimos la playa y vimos un cuerpo, que conocimos al punto ser María; el dolor y el cansancio de andar en todas direcciones en busca de lo que deseaba, agotaron sus fuerzas, y yacía en tierra, mojada y medio muerta. Se la retiró á lugar seco y algo abrigado del viento; fué cubierta con nuestras propias ropas para darla calor, y pronto la vimos reanimarse y llorar.

—¿Dónde está Eusebio? fué lo primero que habló.

Eludimos la respuesta, y entre todos pudimos conducirla cargada hasta su casa; su frente ardía, y sus ojos en vez de lágrimas brotaban fuego; la dejamos al cuidado de sus criadas y volvimos á la playa; había ya bastante luz, y pronto conocimos en el bauprés del buque á dos de los nuestros, que hacían señales para que nos acercásemos al habla; fuimos y nos pidieron que asegurásemos una espía que nos arrojaron varias veces, hasta que logramos tomar el cabo; fijado en tierra, por allí se vinieron cuatro, y con ellos Carlos que preguntó por Eusebio.

—Nada sabemos de él, nos dijo, y de otros dos compañeros; buscábamos el buque, haciendo esfuerzos por salvar la reventazón; un golpe de mar nos cambió el

rumbo, presentamos el costado de babor á la mar y nos apagó el farol; antes de poderlos enmendar, vino sobre nosotros el bergantín, deshaciéndonos la lancha; comenzamos á nadar al costado del buque, de donde ya habían arrojado cabos, y por ellos subimos á bordo; esta casualidad nos ha hecho salvarnos y salvar á esas gentes que ya tocando, querían hacerse fuera, y hubieran ido á perecer á la sierra de San Martín; maniobraron por nuestro consejo, izando los foques y la mayor cangreja; pusimos la proa á la luz del farol de vd., considerando que nos marcaba el canalito entre el arrecife y el alfaque, y embicamos logrando nuestro deseo; el bergantín se halla entero sobre la arena; guerrea algunas veces; pero pronto quedará sentado de firme, y no se perderá la carga; vamos á procurar sacar la gente de á bordo, antes que con la marea crezca más el norte, y acaso sepamos mientras de Eusebio y de los otros compañeros.

En efecto, comenzaron á fijar en tierra los extremos de los cabos que trajeron de á bordo, y por ellos, á ratos nadando, á ratos caminando, vinieron los marineros del buque con pasajeros, señoras y niños. El buque era francés, procedente de Burdeos, y se dirigía para Alvarado.

Entre tanto duraba esta maniobra, un hombre á caballo, de los merodeadores que

se acercan á la playa cuando hay norte, vino á avisar que había cerca un cadáver que empujaba la agua para tierra; fuimos al lugar, y en efecto se sacó parte del cuerpo de un joven, á quien los tiburones habían comido el resto. Desde luego se creyó que igual suerte había tocado á los otros que faltaban, y se pensó en echar un anzuelo por ver si salía el pez que tuviere alguno en el estómago. Fueron en busca del anzuelo y carne de res á la casa; pero no con tanta precaución que dejase María de imponerse de lo que pasaba, y vino á presenciar la pesca, cogida del brazo de Simón, á quien obligó á acompañarla; diez minutos estuvo la carne en el agua, cuando se sintió que halaban; comenzaron á alargar el cordel, y á ratos lo cobraban, hasta que desangrado el pez y falto de fuerza, fué traído á tierra para lo cual hicimos esfuerzos cuantos allí nos encontrábamos; era la hembra del tiburón (tintorera) disforme en su tamaño; medía seis varas y cuarta de la nariz á la horquilla de la cola; se le rajó la barriga á lo largo, y mientras contábamos hasta treinta y dos cachorros, cada uno en su celdilla nadando en agua muy clara y salobre, oímos un grito agudísimo.... Era María, que haciéndose lugar como una loca entre los que rodeábamos el animal, le metió la mano en la barriga y nos manifestó la cabeza de un hombre, que al punto

conocimos ser la de Eusebio.... La joven cayó desmayada, dejándonos horrorizados aquella escena fatal....

Tres meses después pasé por las Salinas cuando regresaba de mi comisión; una cruz de madera ocupaba el lugar de la casita del médano, y entre los brazos tenía un corazón, en que estaba escrito:

“María: Murió en.... de diciembre de 18....”

V.

Veracruz, enero 8 de 1844.

